

EL AMOR Y LA SABIDURIA DE FRANCISCO JOSE DE CALDAS ⁽¹⁾

LUIS MARIA MURILLO

A la memoria admirable
de Isabel.

La personalidad maravillosa y malograda de Francisco José de Caldas, sigue una órbita extraordinaria con estela luminosa que se hace manifiesta durante diez y siete años, hasta extinguirse, con amargas sorpresas, a los cuarenta y cinco de su edad. La curva está definida por cinco puntos, a saber: *el descubrimiento del hipsómetro* (1799); *la nivelación de las plantas que se cultivan en la vecindad del Ecuador* (1803); *el "Semanario del Nuevo Reino de Granada"* (1808); *su matrimonio* (1810); y, finalmente, *su carta a Pascual Enrile* (1816).

Pero estas obras, tan amorosamente historiadas por Lino de Pombo y, luego, por Eduardo Posada, y que pudieramos tomar como unos ejes cartesianos, difícilmente nos pueden señalar la ecuación de la órbita. Quizá ha habido cierta timidez e innegables temores y reticencias al presentar la vida de este hombre genial... Si es verdad que la personalidad humana se debate irremediabilmente en esa monstruosa telaraña de los complejos Freudianos, la mera contabilización de sucesos extraordinarios y de partidas de nacimiento o de defunción, tiene un valor insignificante. ¿Quién podrá decirnos cómo se sucedieron los primeros años de Francisco José de Caldas? ¿Y quién, dada esa minuciosa relación genealógica de los nombres de sus ascendientes, podría informarnos de qué modo los hilos Freudianos tejieron su red en esa antigua familia del Reino de Galicia?

PUNTO PRIMERO

EL DESCUBRIMIENTO DEL HIPSONETRO

"En 1799 y principios de 1800 se presentaron a mi espíritu muchas ideas sobre la constancia del calor del agua en ebullición, y sobre su variación mudando de nivel. Las ideas se pusieron en práctica, y subí cuatro veces sobre los Andes de Popayán. Cargado con mis barómetros, termómetros y con una lámpara de ebullición, verifiqué una larga serie de observaciones; el resultado fue que las montañas se pueden medir con el termómetro, como se hace con el barómetro". Así rememoraba Caldas en 1808, en un informe al Virreinato de la Nueva Granada, su descubrimiento.

Qué ansiedad tenía Caldas de mostrar a Humboldt sus experiencias, de las cuales ya no tenía duda, porque las había confirmado con lujo de detalles. Pero, "¿Habré hecho yo un descubrimiento? —se preguntaba— ¿Se habrán ocultado estas ideas

(1) Ensayo leído por su autor ante la Academia de Ciencias, el 22 de agosto de 1950, aniversario 147º de la fundación del Observatorio Astronómico Nacional.

a los hombres más grandes? Sea como fuere, a mí se me acaban de presentar por sí solas. Yo vivo en las tinieblas de Popayán..."

Humboldt ignora, confunde la idea de Caldas, cree que se trata de un método perfeccionado por Heberden, quien, para el cálculo de las alturas, "asigna 640 pies por un grado de menos en el termómetro expuesto al aire..." y, finalmente, sin entusiasmo, con egoísmo, reconoce que la obra de Caldas es original.

De este descubrimiento, que hubiera inmortalizado a cualquier físico europeo, no sólo por su trascendencia científica sino por sus derivaciones prácticas, apenas se ocupa Humboldt, de paso, en su "Cuadro Físico de las Regiones Ecuatoriales" y en forma tal, que más parece tratar de arrebatarse los derechos a nuestro sabio; dice Humboldt: "En el curso de mis viajes hice muchas experiencias sobre el hervor del agua en las cimas de los Andes. Me propongo publicarlas, y con ellas otras ejecutadas por Mr. Caldas, natural de Popayán, físico distinguido, que se ha consagrado con ardor sin ejemplo, a la astronomía y a muchos ramos de la historia natural".

Humboldt no solamente "captó" la importancia del descubrimiento, sino la profundidad intelectual del joven payanés; y sintió celos. Así lo había presentado Caldas cuando al referirse a la negativa de Humboldt para llevarlo en sus excursiones, dice: "¿Quién sabe si el temor de que yo le arrebatase algún género, alguna especie nueva, ha influido en la negativa del Barón?" Y entre sus amigos Antonio Arboleda y Santiago Pérez Valencia, se cruza, a través de su correspondencia, esta sugestión: "de esto infiera cuál será la causa de la negativa. Cuando leí la carta de Caldas, al instante me vino el pensamiento de que el Barón conocía los talentos de Caldas, y temía le robase parte de su gloria". Por otra parte, el sabio Mutis le escribía al Barón de Humboldt: "¿Qué es esto, mi amadísimo Barón? ¿Qué! ¿Una propuesta hecha con la mayor sinceridad y franqueza será capaz de alterar nuestra constante amistad? ¿Tendría yo la culpa de que Caldas se hubiese aficionado con entusiasmo al ilustre Barón hasta pensar en seguirlo por las dos Américas?"

Pero el hallazgo de "la relación numérica entre los grados del termómetro y las pulgadas del barómetro", no era el principal descubrimiento de Caldas. Algo más trascendental ocurrió; había descubierto el rico filón de su genio, y los destellos luminosos de la inmortalidad le habían arrebatado en trance de éxtasis: "¡Ah!, ¡qué júbilo se apodera de mi corazón!" "Yo deliro cuando imagino ir

bajando con mis instrumentos desde el término de la nieve permanente hasta el mar...”

PUNTO SEGUNDO

LA NIVELACION DE LAS PLANTAS QUE SE CULTIVAN EN LA VECINDAD DEL ECUADOR

La dialéctica es el instrumento fundamental del investigador, y Caldas, ya fuese por la lectura de los clásicos griegos o porque hubiera intuido el sentido naturalista del análisis, —que no es presumible que hubiera leído a los filósofos revolucionarios del siglo XVIII—, pertenecía a la escuela jónica. Su lógica es contundente: “La autoridad, la simple autoridad desnuda de apoyos, no tiene ninguna fuerza en esta materia. Mis rodillas no se doblan delante de ningún filósofo. Que hable Newton; que Saint Pierre halle armonías en todas las producciones de la naturaleza; que Buffon saque a la tierra de la masa del sol; que Montesquieu no vea sino el clima en las virtudes, en las leyes, en la religión y en el gobierno; poco importa si la razón y la experiencia no lo confirman. Estas son mi luz, éstas mi apoyo en materias naturales”, dice nuestro sabio al iniciar su discurso sobre el influjo del clima en los seres organizados.

Científicamente su obra comprende el clima ecuatorial, que se proyecta al futuro en un ancho programa de investigaciones. “Caldas, melancólico y apacible en apariencia (dije en mi obra “Sentido de una Lucha Boilógica”), representaba la revolución dentro de ese cenáculo de naturalistas dirigido por Mutis, y sus estudios de carácter social, astronómico, botánico y físico, tenían, por encima de toda otra virtud, la ductibilidad de la vida”.

¿Quién podría definir el clima de modo más completo y científico que en éste, expresado por él: “Por clima entiendo, no solamente el grado de calor y de frío de cada región, sino también la carga eléctrica, la cantidad de oxígeno, la presión atmosférica, la abundancia de ríos y lagos, la disposición de las montañas, las selvas y los pastos, el grado de población o desiertos, los vientos, las lluvias, el trueno, las nieblas, la humedad, etc. La fuerza de todos los agentes poderosos sobre los seres vivientes, combinados de todos modos y en proporciones diferentes, es lo que llamo influjo del clima”.

No hubo lugar del país visitado por él, que no fuese fuente de nuevos conocimientos meteorológicos y de la naturaleza. Sus observaciones realizadas en el Observatorio Astronómico de Santa Fe de Bogotá en 1808, y las obtenidas en el mismo año por sus amigos que le atendían sus exhortaciones y le prestaban su colaboración, como las que se refieren a la cantidad de lluvias, anotadas, para Cartagena, por don Manuel Rodríguez Torices; para Cali, por don Mariano del Campo y Larrahondo y para Popayán, por don Antonio Arbolada y don Santiago Pérez Valencia, sus amigos que tanto le amaron y le sirvieron, son prueba de

que Caldas no era solamente un soñador, sino, por el contrario, un científico perseguidor de realidades, consecuente con su pensamiento de que “más se ha de atender a los hechos que a la filosofía”.

Una de las obras que mayormente dan testimonio del temperamento observador y analítico de Caldas, y de los espléndidos recursos de su talento, es la dedicada por él a “la nivelación de las plantas que se cultivan en la vecindad del Ecuador” y precursora de mi tesis que concibe a Colombia, biológicamente, como un archipiélago.

PUNTO TERCERO

EL SEMANARIO DE LA NUEVA GRANADA

Los altos impuestos, las depredaciones, los abusos..., pudieron fomentar la rebeldía en la colonia, pero el sentimiento de patria sólo principió a germinar desde la Expedición Botánica de Mutis, al impulso de esa filosofía naturalista que se derramaba por las páginas del Semanario de Caldas, y que era como un exitante que impelía a las gentes de la emancipación, amorosamente hacia la tierra. No tierra de indios solamente, que la amaban los mestizos y los criollos, y hasta con fanatismo, muchos españoles a quienes, en unos cuantos años, el clima y las ideas que se esparcían como el eco por todas las comarcas, habían reformado el corazón.

La Expedición Botánica y el Semanario de la Nueva Granada fueron, sin duda alguna, el yunque en que se forjó el nacimiento de nuestra República, con empuje tal, que este fuego sagrado iba a arder por casi todo el continente! El Semanario es un libro sagrado, tan venerable como el corazón de la Patria!

PUNTO CUARTO

EL MATRIMONIO

De sus confidencias a José Celestino Mutis, nos ha dejado Caldas, a descubierto, la extremidad de un ovillo que, bien desenredado por un psiquiatra amante de las cosas patrias, como Edmundo Rico, por ejemplo, podría darnos la clave de una vida maravillosa, inmaculada, sin verdaderas cobardías —en mi concepto— a pesar de haberse roto verde y al medio de todas las miserias que la rodearon.

“La Providencia, dice el científico granadino, me dio unos padres celosos de la pureza de sus hijos, éstos a fuerza de desvelos enfocaron mis pasiones, y puedo decir que me oprimieron”. Aquí está la extremidad del ovillo, aquí están los escarpines que, como a los pies de las mujeres chinas, no diré que iban a deformarle el espíritu, pero sí a inhibir la libre cristalización de sus atributos según los ejes de su grandiosa personalidad, y para único beneficio de la hipertrofia de una sólo de sus virtudes: su pasión por la patria y por la sabiduría, que se abriría paso, a pesar de sus progenitores, protegida por don Félix de Restrepo, su preceptor en el Seminario de Popayán, y estimulada

por algunos libros anticuados que solía leer de noche, hasta la aurora, y dándose arbitrios para eludir la vigilancia de su madre, que le prohibía estas disciplinas... Fue la única rebeldía hogareña! Y así, unilateralmente, se desarrolla ese solo amor, esa sola pasión: PATRIA Y SABIDURIA. Quizá Francisco José de Caldas haya sido uno de los más puros discípulos de Platón; oigamos su propia confesión: "Este amor a la sabiduría, esta sed insaciable de saber ha llegado en mí a tal punto, que ya se equivoca con el furor y la desesperación".

Sólo en apariencia Caldas era introverso; sus sentidos paladeaban amorosamente la naturaleza, aunque dentro del más absoluto Platonismo. Dándolo todo por la ciencia, él no aceptaba otras dedicaciones de la inteligencia, ni comprendía que un sabio pudiera abandonar, así fuera para breve esparcimiento, a Urania, para irse de brazo con Venus. Con este sentido puritano, no es raro que monte en ira santa por causa de los pasatiempos del Barón de Humboldt, a quien acusa de disoluto: "A veces compadezco a este joven —dice—, a veces me irrito. Cuando me anima esta última pasión, me parece que veo reanimarse las cenizas de Newton que no llegó a mujer, y con un semblante airado y terrible decir al joven prusiano: ¿Así imitas el ejemplo de pureza que dejé a mis sucesores?" Ignoraba Caldas que Newton había amado intensa y humanamente dos veces: una en su juventud y otra en su vejez, y que el primero fue un amor de profunda y humana dulzura. Por otra parte, Caldas era muy comunicativo, hasta la confidencia; sus cartas, así trataran de los asuntos más triviales, estaban llenas de pasión. Era sincero, pero quizá a muchos no lo pareció, porque en materia de juicios humanos no solía hacer minuciosamente las verificaciones, como cuando acudía a sus aparatos de astronomía y meteorología, y se dejaba llevar por las apariencias del momento, lo que daba lugar a cambios frecuentes de concepto a propósito de la bondad de los hombres que trataba. Me parece atinado el juicio que sobre su carácter hizo el Arzobispo de Quito, monseñor Federico González Suárez: "Caldas era de ánimo impresionable, vehemente y apasionado: alababa con entusiasmo, y censuraba con una cierta cólera que pudiéramos apellidar catoniana".

Posiblemente Caldas daba una impresión muy distinta cuando escribía de cuando hablaba, pero este hecho suele ser universal para casi todos los grandes sabios... Estos hombres, perseguidores permanentes de ideas, suelen andar desmadejados, desnudos de apariencias, casi en babia, como si fueran a caza de mariposas irreales...

¿Llegarían a lo íntimo del corazón de José Celestino Mutis, estas amargas quejas de su discípulo?: "Yo seré tonto, no lo negaré al Barón, pero no tiene en sus manos tontera dada por mí".

Y este hombre genial, no por la cantidad de sus conocimientos, sino por la estructura disquisitiva de su inteligencia, aunque casto e ingenuo como

un niño, un día quiere casarse. No fue él quien primeramente lo pensara. Alguien, temeroso de su salud espiritual, debió suponer que a un "niño" de treinta y nueve años sólo puede conservársele bueno, dentro de un convento, o con una compañera que pueda amortiguar las exaltaciones de la carne...

Caldas no entendía de mujeres; sus amigos de Popayán se la escogieron "describiéndosela fiel y circunstanciadamente", y él, con este solo elemento, comienza a construir en su cabeza, que no en su corazón, todo un concierto de tiernos requiebros amorosos que lo convierten en un caballero andante como Don Quijote, en peregrinación permanente hacia las leyes que gobiernan la tierra; y, por el cielo, siguiendo el paso de las estrellas... Su Dulcinea se llama María Manuela Barahona.

Así como Caldas, hubiera podido amar Platón sin quebrantar su filosofía. Leamos algunas de las ternezas que escribiera a su desconocida prometida:

"¿Cuántos suspiros ha arrancado usted a mi pecho, de este pecho que no ha amado sino a doña María Manuela Barahona! No he tenido que derribar ídolos para colocar a usted".

Decía que Caldas había amado como Don Quijote, y esta semejanza se hace manifiesta poniendo en paralelismo sus pensamientos; veámoslo:

Le dice Don Quijote a Dulcinea: "Bien te puedes llamar dichosa sobre cuantas hoy viven sobre la tierra; ¡oh, sobre las bellas, bella Dulcinea del Toboso!, pues te cupo en suerte tener sujeto y rendido a toda tu voluntad e talante a un tan valiente y tan nombrado caballero como lo es y será Don Quijote de la Mancha; el cual, como todo el mundo sabe, ayer recibió la orden de caballería". Y Caldas a Manuela: "¿Cuándo imaginó usted que un hombre que ha mirado con la más fría indiferencia a todas las mujeres de la tierra, un hombre a quien usted no ha saludado, un hombre sumergido entre libros, entre instrumentos, que tiene sus ojos fijos en el cielo, que vive a cien leguas de usted, podía derramar lágrimas copiosas por usted en el Observatorio de Santa Fe?"... Y, ahora, equiparemos estos otros:

De Don Quijote: "...porque mis amores y los suyos han sido siempre Platónicos, sin extenderse a más que a un honesto mirar".

De Caldas: "Sí, señora, mi amor no es la llama devoradora, cruel, que ciega, que embrutece; es un fuego sagrado, tranquilo, puro, casto, luminoso".

El 13 de mayo de 1810, Caldas, quien como Sócrates en los Diálogos de Platón, hacía profesión "de no conocer otra cosa que el amor" de la Venus de los reinos estelares, se casaba por poder con una novia desconocida, por quien suspiraba y derramaba lágrimas...

Manuelita fue en Popayán, Urania, la Dulcinea de Caldas. En Santa Fe, apenas pudo ser Lycenia,

la Lycenia de un Dafnis eternamente dormido, inhibido para las caricias...

Preocupado siempre por los placeres del espíritu, el corazón de Caldas fue indiferente a las ligerezas de su esposa. Sólo quizá por consideraciones religiosas y sociales, escribió reservadamente a Manuelita, que ya no personificaba a su musa, estas clarísimas recriminaciones: "Por lo que mira a mí, te he sido escrupulosamente fiel..." "En esto tú no has sido muy prudente, y tu conducta en mi ausencia no deja de darme motivos de inquietud..." "Te hablo más claro: yo no puedo sufrir la amistad de mozos que aún no han probado su conducta, y esas visitas de confianza en los últimos rincones me son abominables..." "...teme menos morir que cometer un adulterio horrible, que no te dejará sino crueles remordimientos y amargas espantosas..."

La devoción de Caldas era la sabiduría de esa naturaleza igual que el propio regazo de la patria: sus cordilleras andinas, sus cimas nevadas, sus vertientes y sus linfas, su flora, su fauna, sus meteoros... Aquí andaba todo el fuego de su corazón. La mujer cruzó su camino luminosamente, pero fugaz como un aerolito; no era una estrella! Se la pudiera suprimir de su vida sin mutilar su personalidad.

Qué distinta fue María Paulze, la bella criatura casada con Lavoisier, ese hermano de nuestro sabio por el genio y por el sacrificio de sus vidas, jamás perdonable. Fue un amor deliciosamente humano el de Antonio Lorenzo Lavoisier y el de la linda María Paulze. Esta inteligente chiquilla hizo feliz al fundador de la química moderna; le prodigó sus caricias, le estimuló en su trabajo, fue su colaboradora y, por último, cuando la guillotina tronchó la cabeza de su marido porque la República no necesitaba de sabios, María Lavoisier, sola, reunió las investigaciones del sabio y "las presentó al mundo bajo el título de MEMOIRES DE CHIMIE (1805)". Era un postrer tributo de amor al compañero inmortal a quien había entregado toda su ternura y la colaboración de su inteligencia!

PUNTO QUINTO

LA CARTA A PASCUAL ENRILE

Este documento, por grave, no debiera haberse tomado sin juicio sosegado, así como la turbadora agonía del mártir.

"Conmovido", "aterrado", "con la cabeza profundamente inclinada y las manos recogidas sobre el pecho, orando espera la descarga fatal" Francisco José de Caldas! ¿Qué clase de cobardía fue la de nuestro sabio?

Enrique Ferri, criminalista y escritor italiano de inmensa autoridad —que por vía de estudio presencié la conducta de algunos criminales ante el patíbulo—, habla así de su "valor", de ese terrible y siniestro "valor" que "conmueve" a las turbas

depravadas que se dan cita en la Plaza de la *Roque*, cuando a ella viaja el "Monsieur de París": "Semejante insensibilidad física y moral no la tiene cualquiera que se lo propone y es lo que explica tanto la fría ferocidad del delito, como la indiferencia con que estos tipos de criminales soportan heridas y operaciones quirúrgicas, para otros dolorosísimas, en virtud de su carácter biológico que Mauricio Benedit ha llamado *disvulnerabilidad* y que permite a ciertos bandidos realizar actos de un valor que parece admirable". ¿Qué clase de valor es ese de los criminales?

Como se ve, hay muchos "valores" que causan afrenta, de igual manera que cobardías que conducen al Olimpo, como los laureles!

Los conceptos de patria, de valor y de honor, son absolutos, pero la extensión de su significado no es la misma para todos, ya sea por la inteligencia, por los intereses vitales y emotividad, y por el sentido moral de cada ser humano.

Caldas era una inteligencia elevada a las fronteras de la genialidad; su interés, sólo por las cosas comprendidas dentro de la naturaleza de su patria, sentida siempre con fervor místico; su moral, era la de un filósofo y, por consecuencia, no ajustada a principios populares, sino emanaba a cada momento de su propia alma. Si la moral de la masa de los pueblos es estereotipada, la de los filósofos, aun de los más rigurosamente ortodoxos, es móvil y, a veces, intensamente pragmática.

Dice Luis Augusto Cuervo, gran historiador y escritor de amenísimos atributos, de la carta de Caldas a Enrile: "Supremamente dolorosa esta confesión del postrer instante, cuando ya todo es del dominio de las sombras, cuando la muerte se olvida de todo menos de la ciencia y del derecho a vivir para servirla y exaltarla".

En los postreros momentos de Caldas, esto es irrefutable, sólo permaneció enhiesto su amor a la ciencia y el "derecho a vivir para servirla y exaltarla".

¿Pero hubo diferencia entre esa ciencia amada de Caldas y su patria? Yo, como estudiante de la naturaleza de Colombia, debo afirmar con honda convicción que jamás tuvo la República hijo mejor, ni mejores pensamientos y hermosas aflicciones que esos de la agonía de Francisco José de Caldas, quien sólo tuvo en su corazón y en su mente, depurado, quintaesenciado, el amor a su patria. Podría decir que sintió cobardía ante la orfandad en que, por causa de su muerte, quedaba esa patria que había enaltecido y enseñado a amar desde la escuela del "Semanario de la Nueva Granada", y desde el ejemplo de su propia vida!

La penetración de esta verdad reside en la identificación entre ese conjunto de aspiraciones que impulsaron la vida del mártir, y la concepción naturalista, magnífica, de la patria.

Pero aún hay otro aspecto importante. Cuando la patria está en peligro, todos sus poderes, todas

"Era Caldas de estatura regular y complexión robusta; su color moreno, el rostro redondo, la frente espaciosa, los ojos negros algo melancólicos, el pelo negro y lacio, el cuello corto, su andar desembarazado, pero lento y contemplativo. Vestía de ordinario una levita o sobretodo de paño oscuro, que abrochaba y desabrochaba sin cesar cambiando de solapa, de manera que duraban muy poco los botones; y no dejaba de la mano un bastoncito flexible, ni de la boca un pedacito de tabaco fino torcido. Era aseado, pero no pulcro en el traje; de modales suaves, trato afable y conversación amena.

Su carácter franco, su índole pacífica. Ni las riquezas, ni ambición de ninguna especie tenían para él atractivo; y fuera de la pasión por sus favoritos estudios, no ejercía imperio sobre él otra alguna. Era católico creyente, y de las más puras costumbres. Era un filósofo, en la genuina acepción de esta palabra. Su matrimonio lo contrajo en 1810, recomendando a varios de sus amigos de Popayán que le buscasen mujer digna de sus prendas de ser la esposa de un hombre honrado: y uno de ellos, el señor Agustín Barahona, le propuso a su sobrina la señora María Manuela Barahona, describiéndosela fiel y circunstancialmente, y obtuvo de ella el consentimiento cuando la hubo aceptado Caldas".

LINO DE POMBO



RODRIGUEZ

FRANCISCO JOSE DE CALDAS (1771 — 1816)

sus fuerzas, tratan de organizarse para cubrir todos los frentes de batalla: las fuerzas de la inteligencia; las fuerzas armadas; y esas otras, tan complejas, que ahora se llaman de contraespionaje...

La personalidad humana, como el disco de Newton, es la suma extraña de muchos egos que parecen uno solo en ese girar de la existencia, pero que, de pronto, ante determinados acontecimientos, como ante un prisma, se divorcian. Tal aconteció con la de Caldas en aquellos postreros instantes de su vida; se había refractado en tres bien diferentes personalidades: era una, la del pensador y el genio; era otra, la del patriota y el soldado; y esotra tercera, que todos los hombres, aun los más justos, llevamos escondida y a veces ignorada en el fondo de nuestra humanidad, la del *homo vulpes*, recursiva y maliciosa.

Ningún pensamiento, ninguna voz de rebeldía podía ahora, en los umbrales de la muerte, escribir y echar al viento el pensador; nada podía hacer el patriota ingeniero de fortificaciones, ni el soldado fundidor de cañones... Caldas debió hacer una revista de todos los posibles recursos, inútilmente, antes de "camuflarse", de tratar de engañar, buscando una tregua, que ninguna sinceridad podían tener sus palabras: "socorra Vuestra Excelencia a un desgraciado que está penetrado del más vivo arrepentimiento de haber tomado una parte en esta abominable revolución..." Eran las fuerzas de contraespionaje del *homo vulpes*, que se hacían presentes por uno de esos egos de su espectro, que jamás antes Caldas había conocido divorciados, y de los cuales uno, el más recóndito, ahora le alargaba el favor de sus discutibles recursos, que él aceptaba porque le señalaba una probabilidad incierta de salvar, no a un soldado, sino a un sacerdote esclarecido de la patria, y que la patria necesitaba.

Pero si alguien quisiera juzgar este acto postrero de Caldas dentro de esa filosofía tan antigua como moderna del existencialismo, es decir, de la filosofía personalista de Berdiaeff, y que según Emmanuel Mounier en su "Introducción a los Existencialismos", "desarrolla una dialéctica de conversión", podría llegar a la conclusión de que el sabio por temor a la muerte y con sentido egoísta había hecho conversión hacia una vulgar cobardía. Pero para que se vea mejor este juicio, sigamos la concepción existencialista de Sartre, interpretada por Mounier: "el ser humano proyectado siempre por delante de sí, extrae de ahí el poder de poder ser a la vez lo que es y lo que no es. La mujer que resiste y que, en el fondo de sí misma, conciente ya..."

"y en la unidad de la conciencia interior realiza una especie de acuerdo imperfecto sobre esta disonancia frágil".

Pero en el discurso de Caldas no pudo verificarse ese acuerdo, porque fuera de su pasión por la sabiduría, no cabían, no existían otros compromisos de su personalidad, como sí sucede en el ejemplo de Mounier. No cabría otra objeción que la de que el sentido de la patria no había estado presente en su carta al "pacificador" Enrile, pero tal sugerencia, me parece, ya ha resultado desechada; en efecto: la reversión de la personalidad de Caldas, lo repito, sólo fue la exaltación de todos sus intereses, complejos pero no contradictorios, que concurren a la defensa de un común *animi affectus* que era la sabiduría, la sabiduría del conocimiento de su patria.

En defensa de Caldas podrían citarse estos bellos pensamientos que él transmitió con fervor místico a los estudiantes del Cuerpo de Ingenieros de Antioquia: "sólo tiene honor el hombre de bien, y sólo es hombre de bien el que cumple fielmente con todas las obligaciones que le imponen la religión, la naturaleza y la sociedad". No dijo patria, porque la naturaleza viva de su amada tierra y la patriá, le fueron equivalentes, eran una misma entidad para Caldas; entidad por la cual dejara todos los placeres de la tierra y hasta en tela de juicio su honor. Quizá había descubierto, antes que Julio Arboleda, aquella hermosa guía del buen ciudadano, que impone el rendimiento de todos nuestros bienes a la patria, y dando cima al pensamiento, de esta manera:

*"Todo, porque eres más que todo, menos
Del Señor Dios la herencia justa y rica;
Hasta su honor el hombre sacrifica
Por la Patria, y la Patria por la Fe".*

BIBLIOGRAFIA

- Eduardo Posada: "Cartas de Caldas."
Eduardo Posada: "Obras de Caldas"
Luis Augusto Cuervo: "Curso Superior de Historia de Colombia", Tomo II. "La Reconquista Española". "El Terror".
G. Hernández de Alba: "Archivo Epistolar del Sabio Naturalista José Celestino Mutis".
A. Federico Gredilla: "José Celestino Mutis".
C. Uribe Prada: "Antología de Poetas Colombianos".
Sarah K. Bonton: "Héroes de la Ciencia".
Ernest R. Trattner: "Arquitectos de Ideas".
Cervantes Saavedra: "Don Quijote de la Mancha".
Emmanuel Mounier: "Introducción a los Existencialismos".
Enrique Ferri: "Los delincuentes en el Arte".